

Cuando el inspirador de esta campaña de ilustración en torno a los Ingenieros de Caminos excepcionales que dieron en el pasado brillo perdurable a la profesión, me invitó a realizar este trabajo sobre Gabriel Rodríguez, experimenté la gran satisfacción de poder secundar el noble empeño de José Torán en este buceo histórico para sacar de un olvido injusto y desagradecido a hombres a los que la Ingeniería española debe la mayor parte de su prestigio. Porque las personas, como las corporaciones, como los países, cimentan el respeto sobre valores contrastados sólo cuando la perspectiva de los años determina los verdaderos quilates de unas actuaciones que únicamente el tiempo es capaz de objetivar.

Pero, además de esta satisfacción genérica, hablar de Gabriel Rodríguez tiene, para los que hemos cultivado las Ciencias Económicas junto a nuestra actividad de Ingeniero, el inmenso valor de haber sido el primer profesor de Economía Política en la Escuela de Caminos, introduciendo en ella unos estudios que todavía y afortunadamente logran, con alguna otra asignatura de carácter artístico, incorporar unas gotas de humanismo al frío rigor de la cifra y a la actividad secundaria del pragmatismo. Por lo demás, Gabriel Rodríguez, cuya figura resulta auténticamente genial, aun dentro de una época enciclopédica en la que no era fácil destacar, dejó una huella pública cuyo rastro nos ha llegado débilmente, como ha pasado con una serie de grandes figuras cuya madurez coincide con la honda crisis nacional de fines del pasado siglo. Cuanto se haga por actualizar su memoria es, pues, un servicio espiritual de importancia, no sólo para nuestros compañeros, sino para nuestra entera comunidad, también hoy en trance solemne de conformar el futuro.

"A Gabriel Rodríguez debe la Escuela el establecimiento de la enseñanza de la Economía Política, él fué quien dió las primeras explicaciones de tan importante materia y sus notas y apuntes han llegado hasta nuestro tiempo". Poco más conocía sobre Rodríguez que este párrafo, incluido en las *Memorias de la Escuela de Caminos* de Carlos Orduña, cuando Federico Reparaz, fiel y eficaz continuador de la obra docente de Gabriel Rodríguez, tuvo la amable oportunidad de hacer llegar a mis manos un libro de enorme valor bibliófilo: una obra aparecida en 1917, editada por el hijo de D. Gabriel Rodríguez y de cuya edición existen escasísimos ejemplares, pero que puede consultarse en la Biblioteca Nacional.

Este libro es, en relación con la vida y la obra de D. Gabriel, un manantial en el que se sumerge el lector con verdadera y sedante complacencia, porque quizá no hay biógrafo mejor del padre que su propio hijo, al permitir descubrir una serie de facetas humanas que, junto a las excepcionales calidades intelectuales de la persona que estudiamos, nos da una idea completísima de este hombre ejemplar, perteneciente a una generación que, si pudo tener errores colectivos — más imputables al devenir histórico que a su protagonización personal—, indudablemente ofrece en varias de sus figuras características humanas ejemplares, dignas de mover en nuestros jóvenes la atención por sus obras.

El poco espacio de que disponemos sólo permitirá simples brochazos sobre la vida de uno de los hombres quizá más destacados de este grupo, Gabriel Rodríguez, pero abrigamos la esperanza de que en otra ocasión pueda promoverse un estudio más amplio, aunque quizá menos apasionado, de la obra de este Ingeniero de Caminos de quien Joaquín Costa hubo de decir, en discurso pronunciado días antes de

su muerte, estas palabras que, aún en su lejanía, despiertan una especie de patriótica inquietud: "Algunos hombres representan un capital de consideración, de experiencia y sabiduría sin el cual tengo por imposible que España se redima... uno de ellos, que tanto ha capitalizado para nuestro país y cuyas sabias lecciones habémos escuchado muchas veces, está hoy agonizando: D. Gabriel Rodríguez".

Era el broche a una vida llena de excepcionales actitudes que se extinguía tras unos breves años de relativa tranquilidad, que describe un periódico de la época, *La Democracia*, del 25 de noviembre de 1882, con estos párrafos de tan madrileño colorido y convincente sinceridad: "¿Queréis acabar de conocer a Gabriel Rodríguez? pues id una tarde al final del barrio de Argüelles. Allí en un extremo de Madrid, veréis una casita rústica enclavada en medio de un jardín, son los ahorros de Gabriel Rodríguez. Allí está rodeado de su familia, respirando el puro ambiente de las orillas del Manzanares y restaurando sus fuerzas gastadas en la lucha de la vida. No sospecharéis que aquel hombre amable con todos... es el tribuno del libre cambio en España, es el irreconciliable enemigo del proteccionismo". Efectivamente fué, sobre todo, un campeón a lo clásico en la lucha por la postura que España había de adoptar en el campo de la revolución industrial europea. Sería impropio analizar ahora la polémica, pero de lo que no hay duda es de que, en su momento, tuvo Rodríguez una visión europea del papel de España postulando su entrada en el concierto general del desarrollo económico sin las muletas de los aranceles. Por lo demás, es tan actual la postura que este solo hecho debiera servir para que, de vez en cuando, los economistas del momento recordaran su obra.

Era un Ingeniero de Caminos que nació en Valencia en 1829 y murió en Madrid en 1901. A los veintiún años terminó la carrera, y dos años después desarrollaba el primer curso de Economía Política y Derecho Administrativo en la Escuela.

Pasó por diversas vicisitudes en su vida ingenieril, fué Director del Ferrocarril del Noroeste y tuvo una academia preparatoria particular en la que, no obstante, el trabajo incansable de la preocupación cotidiana por los que iba formando incansablemente, encontraba horas para dedicarse a los estudios de Economía y de Derecho amalgamándolos, en aquel crisol de su inmensa pasión personal, con el rigor de una formación matemática excepcional recibida del ilustre profesor Riquelme, de quien fué discípulo predilecto.

"Pertenece Gabriel Rodríguez, como la mayoría de los economistas de aquella época, a la escuela liberal, y sus métodos de exposición eran esencialmente literarios, pero su condición de ingeniero tenía que llevarle lógicamente por la senda de la economía matemática, y en sus trabajos puede verse la iniciación de la aplicación de las matemáticas al estudio de los fenómenos económicos". Si no literalmente esto viene a decir Orduña en las citadas Memorias de la Escuela. El comentario no precisa de apostillas.

La preparación en el Derecho y en la Economía le llevaría en 1872 a realizar, en un solo año, toda la carrera de Abogado y a abrir seguidamente un bufete que, relacionado normalmente con el Derecho Administrativo sobre temas de minas, aguas y ferrocarriles, llegó a ser de los más importantes del Madrid de entonces.

En el campo de lo económico la actividad y capacidad de trabajo de Rodríguez resulta de extensión excepcional. Desde su estudio sobre: *La libertad de importar cereales del extranjero* o la *Balanza mercantil* aparecida en la *Revista Murciana* en 1890, se encuentra una serie de publicaciones sobre temas económicos que, acercándose al centenar, abarcan temas tan dispares como: *La Economía Política y el Cristianismo* o *Las reparaciones de los barcos españoles en el extranjero*. No obstante, sus mejores trabajos están dedicados al tema arancelario sobre el que incide gran parte de toda

su inquietud por la Economía. En 1859 formaba parte de la Academia, como secretario de la Sección de Ciencias Morales y Políticas y en 1871 era presidente de la "Asociación Internacional para el Fomento".

Su actividad en el campo de las polémicas sobre Economía le había de llevar fatalmente a la liza política, en un trance en el que España balbuceaba el replanteamiento de toda la vida espiritual y material del país tras la pérdida del imperio colonial. Y así, fué Diputado a Cortes en 1869, Subsecretario de Hacienda en el Gobierno provisional de Laureano Figuerola y postrer senador por la isla de Puerto Rico, poético final de la gran aventura americana. Fué, además, fundador de la Sociedad Abolicionista, de la que llegó a ser Presidente, y más de una veintena de discursos antiesclavistas ponen de manifiesto esta vertiente del hombre riguroso impregnado de unos sentimientos morales quizá situados por encima de la época a la que perteneció.

Este mismo rigor espiritual le llevó a retirarse, prematura y definitivamente, de la política activa, que de lo contrario hubiera llegado mucho más lejos en su carrera pública. Prueba de ello son, entre otras, tres cartas autógrafas (cuyos facsímiles reproduce el libro a que nos referimos) y que revelan lucidamente tanto el interés que, por lograr su colaboración, mostraron los grandes políticos de su tiempo como su postura inquebrantable de no participar en nuevos cargos. La carta de agosto de 1872 de D. José Echegaray, a la sazón Ministro de Fomento, dice contestando a la reiterada negativa de Gabriel Rodríguez a ocupar un puesto político; "creo que desisto de civilizarle a Vd."; la de D. Emilio Castelar, siendo Presidente del Poder Ejecutivo, le ofrece la intendencia de la isla de Cuba, que también rechaza, y, finalmente, la de D. Cristino Martos que le ofrece, persuasiva pero inútilmente, el cargo de Comisario del Almirantazgo en carta enviada en nombre de todo el Consejo de Ministros.

Los discursos políticos de Rodríguez denotan, como su actividad en lo económico, el rotundo acento liberal que fué tan común en su tiempo de acuerdo con unas ideas a la sazón universalmente en boga. Pero, no obstante esta liberalidad, sus trabajos trascienden siempre un monolitismo en las concepciones y una intransigencia en la interpretación que, junto a su buena fe absoluta y a su honestidad mental a rajatabla, hizo de sus ideas un todo blindado que sirvieron de bandera, escudo y lanza. Sus intervenciones parlamentarias fueron siempre, según datos de periódicos de la época, armónicas construcciones en donde la lógica matemática imprimía rigor a un análisis económico al que, finalmente, sus ideales políticos inflamaban de entusiasmo.

Trajo a España la semilla para la propagación de las doctrinas económicas que en el Congreso de Bruselas de 1856 se decidió extender sobre la base, entonces inmutable de la escuela continuadora de Adam Smith, cuyas teorías tomaban consistencia proyectándose por primera vez en normas de aplicación y análisis, y él fué quien creó en 1865, en compañía de D. José Echegaray, el periódico *El Economista*. Su actual Director, Pedro Rico, nos ayudó a buscar su traza en los primeros números, pero la actual revista vive una segunda época que comenzó en 1886 y ya no existen antecedentes, por desgracia, de la obra realizada en ella por nuestro compañero. Baste, en homenaje a su memoria, que sus muchos actuales lectores ingenieros sepan que su fundador fué un compañero insigne cuya inquietud perdura, pues, a través de sus páginas.

En esta vida pública e intelectual, de un dinamismo que ahora, aun con mejores y más saludables medios de acción, nos sorprende, Gabriel Rodríguez tuvo, además, tiempo y capacidad para ser... músico. Contemplándolo en esta nueva vertiente, de especial sensibilidad, nos llega como un aire de perfección personal, a la que induda-

blemente llegó este hombre especialista insigne en tantos campos distintos. No solamente queda huella de su labor como erudito de la música, a través de una "Biografía de Mozart" que publicó en 1891, sino también de su virtuosismo como compositor de melodías para canto y piano de las que conocemos los títulos de treinta y tres. De su calidad, en este campo de actividades, son buena muestra la invitación que Sarate le hizo en carta de 6 de abril de 1887 para "reunirse con varios músicos con fin de leer el "Quinteto de la Trucha", de Schubert, y el escrito de Enrique Granados que en el año 1895 le anuncia la visita para "hacerte oír los últimos trabajos en que me he ocupado".

Cuando se analiza la ingente obra de Gabriel Rodríguez, hay algo que nos ha de dudar del contenido de las nuestras, forma quizá la mejor de hacer perdurar a través de los años, un magisterio y un ejemplo. Si además y no precisamente por reivindicaciones corporativas que están fuera de lugar hoy, sino por sentirnos herederos de un mensaje que, casi con igual fuerza que la sangre, trasmite la formación intelectual, nos es extraño que sintamos un orgullo íntimo al contar con Gabriel Rodríguez en nuestro común acervo profesional. Y a estos efectos quizá nada más elocuente, en su simple plasticidad, que la semblanza que D. Gumersindo de Azcárate hizo en la sesión necrológica del Ateneo el 24 de mayo de 1903 bajo la presidencia de D. Segismundo Moret. "Yo conservo todavía —dijo— la impresión que recibí el primer día que, el año 1858, penetré en este Ateneo en su antigua casa de la Calle de la Montera. Discutíase en la Sesión de Ciencias Morales y Políticas y sentábanse en la mesa el Vicepresidente y dos Secretarios, era aquél Emilio Castelar, y éstos, José Echegaray y Gabriel Rodríguez". No habrá Ingeniero de Caminos a quien esta descripción no haga reaccionar íntimamente.

Añadamos, como final, que en la obra de estos verdaderos gigantes hay siempre algo perenne que desafía a los cambios de mentalidad, a la revisión de doctrinas y a la variación de conceptos. A lo largo de la activa vida de Gabriel Rodríguez, cuyas pinceladas más gruesas hemos intentado reproducir, queda un detalle perdido por su poca importancia formal: es que en el curso 1856-57 explicó en la Escuela de Caminos un seminario, con conferencias quincenales, sobre el tema de "La Economía Política aplicada a las Obras Públicas". Pues bien, así, sin nada más ni nada menos debería incorporarse hoy al novísimo plan de estudios esta asignatura en cátedra bautizada con el nombre de GABRIEL RODRÍGUEZ para que perdurase, durante muchos años, en nuestra nueva Escuela de Caminos, Canales y Puertos que, al compás de los tiempos, debe remozarse cada día con la ilusión puesta en su futuro pero con la memoria atenta a su pasado.

#### DATOS BIBLIOGRAFICOS

1. *Mis Memorias*. Joaquín María Sanromá, 1894.
2. *Gabriel Rodríguez*. Antonio Gabriel Rodríguez, Madrid, 1917.
3. *Memorias de la Escuela de Caminos*. Carlos de Orduña, Madrid, 1925.
4. *Episodios Nacionales*, Tomo I, B. Pérez Galdós, diversas ediciones.

Más los apuntes biográficos aparecidos en varias revistas y periódicos de la época, concretamente en: *El Pregonero*, 9 de noviembre de 1870; *La Democracia*, 25 de noviembre de 1882; *El Globo*, 25 de agosto de 1881, y *La Gaceta Municipal*, 20 de enero de 1902.